

# EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

SUMARIO.

*La emigración.—El tabaco.—Los caseros.—Teatros.—Compañía italiana á cuyo frente se halla la señora Carolina Santoni marquesa de Zambeccari.*



A pasada septena se ha notabilizado por su admirable falta de interés.

El cariz se presenta magnífico: nubes de primavera que mitigan el ardor del sol y algún chubasco apacible de tiempo en tiempo, nos proporcionarían respirar en una atmósfera deliciosa, impregnada de dulce frescura, sino fuera por los gases deletéreos que exhalan las calles de este sucio paraíso.

Todo esto se recompensa con las horas de expansión que nos ofrecen la Castellana y el Retiro, paseos favorecidos todas las tardes por una brillante concurrencia.

Sin embargo, se ha iniciado ya la época fatal de la emigración, y nuestras sublimes *viollette* se apresuran á salir en busca de otras brisas de primavera, que no contengan los miasmas nocivos que aquí respiramos, especialmente en calles como la de la Aduana, que hace un año se está trabajando en ella, y no tiene setenta metros de estension, y otras mil que omitimos por no molestar los oídos del ilustre Ayuntamiento.

Las mujeres emigran: estas pobres golondrinas vuelan á otras regiones para preservarse del calor de este gran brasero, que en el estío sube á una temperatura decente.

Estamos de pésame con este motivo. ¿Qué va á ser de nosotros sin el aroma de esas plantas exóticas que abandonan la estufa para buscar en el litoral la frescura suave de las brisas de los mares?

¡Quién pudiera volar con ellas aunque fuera llevando por alas su magnífico abuecador, su tres veces adorable abuecador, aparato grandioso que envuelve todo un poema,

y que está llamado á inmortalizar este siglo de los caminos de hierro y de los cohetes á la *congreve*.

Como ha de ser: tenemos que resignarnos á permanecer en la Babilonia tres meses de calor radiante, sin el consuelo de aspirar los perfumes de esas flores, hasta que el otoño nos las devuelva.

Con esto y con el tabaco que estamos fumando hace dos meses nada nos falta para rabiar.

Hemos dicho tabaco y no se debe llamar así: es bedegambre, escamonea, mostaza, es un revulsivo capaz de producir la hidrofobia.

El que quiera padecer la escarlatina, la alferecía, y todas las enfermedades que dimanar de las grandes exasperaciones de nervios, no tiene mas que aproximarse á un estanco y comprar un coracero de diez maravedises.

Es lástima que el *Siglo médico* no se haya fijado en esta cuestión que le daría materia para unos cuantos artículos.

Por nuestra parte ofrecemos una peseta al químico que nos demuestre que el tabaco actual es tabaco.

Pero lo mas encantador es que en los estancos se viene repitiendo un abuso verdaderamente punible que no se podrá remediar nunca sino con la mejora completa de la calidad del tabaco.

Muchas personas se nos han quejado diciendo que en los estancos se les lleva dinero de mas para recibir un género escogido.

Esto lo sabemos desde muy atrás: y la prensa ha declamado cien veces contra este abuso; pero lo repetimos, todos los escarmientos no bastarían para extirpar el vicio, pues los estanqueros continuarían obrando lo mismo entre el círculo de sus amigos de confianza.

Sin embargo, bastante se conseguiría con evitar á los consumidores el espectáculo de ver á las claras los efectos del privilegio.

Nada mas comun que á su presencia ejecutan los empleados con un cinismo edificante, ofreciendo al consumidor que no gratifica una caja de cigarros negros y fibrosos como el rabo de Lucifer, y al que gratifica un paquete de género escogido.

Parécenos que siendo todos hijos de Adam, viviendo en una época en que el privilegio se ha llegado á convertir en una momia inerte, no es muy razonable que se transija con abuso que subleva la sangre muchas veces.

Además, que el hecho redundar en perjuicio de la higie-

ne por que el tabaco que resta de las operaciones de rebusco que practican los estanqueros debe tener muchos puntos afinitivos con el rejalgar.

Los agentes de la autoridad deben redoblar su vigilancia en esta materia, y estamos seguros que con muy pocos esfuerzos encontrarán palmaria la infraccion.

Tratándose de estirpar de una manera universal el abuso lo mejor sería como hemos dicho antes, hacer variar las condiciones de género, pues de otra manera estamos expuestos a enfermar del pecho.

En la noche del miércoles vimos en la puerta del Sol un arroyo de agua, procedente de una fractura de cañería.

Por de pronto creímos que habria sucedido allí algun terremoto; pero la circunstancia de estar bastante lejos de la acera del ministerio, nos demostró que habia allí tierra firme.

Los tomadores del dos siguen á la órden: dias pasados robaron á una señora en una iglesia unas cuantas onzas y varias monedas de cinco duros.

¿Dónde puede uno ya estar seguro?

Creemos firmemente que el espíritu de la rapacidad ha crecido de tal manera que aunque uno llevara siempre delante de sí un cañon Astromg y la mecha encendida para disparar, seria robado á la luz del medio dia.

Pasemos á otro asunto: reina en Madrid una verdadera agonía sobre la cuestion de casas.

¿Cuándo va á atender el ayuntamiento las quejas de tantos y tantos vecinos como se lamentan del despotismo casero?

Un casero ha llegado á ser hoy entre nosotros una especie de sátropa.

Antes soliamos representarle en las novelas con una levita verde, un pantalon de color de café, unas gafas azules, una peluca roja y un baston amarillo, preadas todas que reasumían los colores del iris, y que le daban por fin el aspecto mas bonachón del mundo.

Hoy no sucede así, el casero anda en coche, es un Creso, ha arrojado su baston amarillo y sus gafas azules, ha empuñado un cetro de hierro, y se ha rodeado de victimas.

Francaamente; el casero es hoy uno de esos seres privilegiados que pueden hacer lo que no hacen los monarcas; su ley es su capricho, sus arbitrariedades están basadas en la lógica mas hechicera, en la de los maravedises.

El ensanche de Madrid es ya una necesidad apremiante: de no verificarse con rapidez, estamos seguros de que va á llegar un dia en que tengan precision de emigrar una muchedumbre de familias de la clase media. Cuando los pueblos llegan á adquirir una preponderancia tan grande como la que ha adquirido Madrid de pocos años á esta parte, no puede suceder otra cosa: se hacen inaccesibles para las clases laboriosas.

Los teatros no han ofrecido novedad alguna: en el Circo sigue actuando la compañía del Príncipe bajo la direccion del actor Fernandez, y con el auxilio de la niña Ros, artista liliputicase que está recogiendo una buena cosecha de aplausos á pesar de que nó cuenta mas que 10 años de edad.

El teatro Real se ha cerrado ya: Jovellanos sigue arrastrando una existencia lánguida: en *Varietades* se ha tuelto á poner la *Cruz del Matrimonio*, obra tan del agrado del Sr. Romea, que se nos figura ha llegado á ser en este actor una monomanía el representarla.

No suben de nueve ó diez las novedades que este actor-empresario nos ha ofrecido este año. ¿Prueba esto suficientemente que el Sr. Romea profesa una especie de culto por el arte, ó que se va apegando mas en sus últimos años á los intereses mundanos del empresario, que á la gloria sublime del artista? No lo sabemos.

En el *Príncipe* continua actuando la compañía italiana á cuyo frente se halla la célebre actriz señora Carolina Santoni marquesa de *Zambecari* y el señor Filippo Prósperi.

La impresion agradable que nos han proporcionado los triunfos de estos artistas, no se borrará jamás de nuestro corazon, ni del de todo hombre amante de lo bello y lo perfecto.

La señora Santoni es una figura colosal en escena: en su frente centellea el génio con vivo fulgor y su mirada parece despedir demasiadas ideas: su voz cuando se irrita consigue estremecer de terror las fibras del alma porque es el grito profundo de la naturaleza martirizada por lo terrible: por el contrario cuando se dulcifica para expresar las sublimes elegias de la ternura, consigue hacer vibrar al alma para el cielo como una divina lira: es una voz que se confunde con el suspiro de un niño, con el arrullo de una paloma y con los ecos dolientes del ruiseñor herido: es una voz de aureo timbre que nos recuerda algunos de los sonidos que escuchamos con mas placer en nuestra infancia: es una voz que cuando se inflama para representar el lenguaje de las pasiones ó el amargo idioma de los grandes dolores, se eleva imponente sobre el espacio, onduula sobre los corazones envuelta en magníficas oleadas que engendran el vértigo que producen el éxtasis, que las pierde la accion de pensamiento y penetran hasta la médula de los huesos.

Sin embargo la señora Santoni desempeña mejor que nada los papeles de esposa y madre, prueba de que está dotada de una sensibilidad exquisita, de un sentimiento rico, fecundo, del sentimiento que necesita poseer el artista para elevarse sobre la masa de los seres vulgares, para ser propiamente artista, porque el arte es la manifestacion de lo bello y la belleza no está en ninguna de las deformidades de la naturaleza, en la inverosimilitud de los sentimientos del corazon humano, ni en el estrago de esas pasiones inconcebibles duras y desapiadadas con que se pretende hacer del hombre un monstruo siendo lo mas sublime de todo lo creado.

Por eso la señora Santoni nos reveló tan á lo vivo sus grandes facultades artisticas en el desempeño del drama *Sour Teresa*, obra sin piés ni cabeza, sin arte y sin verdad, engendro desgreñado cuyo matiz político-religioso le hace mas detestable y cuya exposicion en todos sus detalles es torpe y vulgar.

Pero ved á la señora Santoni en *Los dos Sargentos*

Franceses, vedla en *Maria Giovana* y en *Maria Stuard*, allí se eleva, se engrandece, se sublima, llega á la apoteosis de lo perfecto, se abre paso á través del corazón, se apodera de vuestra alma y la extasia, la arrebatada, la hace llorar y padecer como si realmente sucediera lo que está presenciando, como si despertara nuestros sentimientos más delicados para impulsarlos con fuerza al bien, para hacernos adorar y bendecir la belleza sublime de la virtud.

Su acento en *Maria Giovana* nos recuerda en muchas escenas algunos de los ecos más armoniosos que rodearon nuestra cuna, cuando nuestra madre nos servía de ángel tutelar: en *Safo* se presenta como muger amante y en sus ojos brilla ese fuego exótico de las pasiones desgraciadas que confluyen á términos espantosos: en *Maria Stuarda* nos ofrece una muestra exacta de las amarguras de una reina destronada, encarcelada y decapitada, consiguiendo excitar la conmiseración más en obsequio de la muger que de la soberana.

Los demás actores, aunque no en su totalidad, secundan maravillosamente los esfuerzos de la señora Santoni; el Sr. Prospero, especialmente, revela unas facultades superiores.

Hemos notado la precisión y exactitud con que estos artistas desempeñan la parte mecánica de los cuadros, y de todo lo que atañe á la perspectiva: ninguno pierde jamás su posición respectiva como sucede á nuestros actores que no se cuidan para nada de esta gimnástica teatral, que realza tanto las situaciones de las obras dramáticas.

La perspectiva no es una parte tan mecánica como algunos piensan: cuando menos es una exigencia del arte, un lujo si se quiere, pero ¿que es el arte sin el lujo de perspectiva?

El público Madrileño no recompensa convenientemente el mérito de estos artistas: lo sentimos como se merece, persuadidos de que nos honra poco esta circunstancia que pone de relieve el atraso, y el mal gusto de nuestra sociedad.

Sin embargo, la empresa hizo mal en subir las localidades á un precio bastante alto, tratándose de representaciones que se hacen en idioma extranjero: de cualquier manera nos alegraríamos mucho de que en las funciones restantes halláran la remuneración debida á sus esfuerzos.

Parece ser que uno de estos días ejecutarán *El Tanto por ciento* del Sr. Ayala, traducido por el joven Sr. Prietriboni. No tenemos palabras bastantes para significar á este apreciable actor nuestro agradecimiento por el servicio que ha prestado á nuestra literatura, dándola á conocer en otras naciones de Europa.

*El tanto por ciento* va á representarse un día de estos en el teatro del *Odeon* de París, y el Sr. Prietriboni con su traducción ha facilitado su representación en toda Italia: de esta manera las letras Españolas irán adquiriendo en todas partes la consideración á que son acreedores. Parece que además ha traducido este joven actor el drama del señor Tamayo titulado *Juana la loca*, y el del Sr. Ortiz de Pinedo titulado *Frutos amargos*.

En nuestras revistas sucesivas nos ocuparemos de los trabajos importantes de estos artistas.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## SECCION CIENTIFICA.

### ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

#### EDUCACION.

(Continuacion).

Que el alma nos acompaña desde nuestro nacimiento, no ofrece duda.—¿Por qué no dormita en la infancia?—¿Por qué no da señales de existencia?—Esta es otro misterio: otro límite.

No cabe duda que el alma no da señales de existencia en los primeros días de la vida; pero esto es porque no tiene instrumentos, porque entonces el hombre es un animal ó una planta, porque carece de inteligencia, de palabra, de racionalidad.

Ahora bien; el alma no es simplemente la inteligencia: es más compleja: participa de las excelencias de lo bello y de lo infinito, mientras la inteligencia se estraga y se envilece: sin embargo, al tratar de la educación nos referimos al alma, no porque en realidad el espíritu la necesite, sino porque la reclaman sus instrumentos auxiliares, de aquí la necesidad de separar las facultades del alma de las que lo son puramente de los sentidos.

¿Si no se hace esta separación convenientemente, cuándo nos hemos de entender en esta babel de escuelas que han introducido los moralistas y los filósofos, para ofrecernos en montón predicamentos que no salvan la esfera de la divagación, estableciendo principios que no pasan de ser una nulidad perfecta.

Así, la educación que en el sentido recto de la palabra y en su acepción universal, es la aptitud del hombre para el cumplimiento de su inmortalidad, tiende á fecundar este nexo admirable abrazando órdenes, prodigiosamente enlazadas que expresamos en esta forma:

Su vida física.

Su vida intelectual.

Su vida moral ó del alma.

La reunión de estos tres órdenes, forman el ser abstracto y el ser relacionable, el ser animal que se degrada y se aniquila, y el ser que piensa y exprime ideas por medio de la palabra: el ser destinado á vivir en una esfera terrestre, y el ser que se diviniza por el alma creándose cultos y adoraciones.

Separando uno solo de estos órdenes el hombre queda imperfecto: la vida física constituye una función puramente animal ó vegetal, que sirve como de base y fundamento al grandioso edificio humano; la de la inteligencia es una función estéril sino tiene por norma la conciencia moral que la hace reflejar hacia Dios: la del alma sin la del cuerpo y sin la de la inteligencia, no podría realizar jamás un beneficio, porque se la despoja de sus instrumentos de acción: las tres juntas constituyen esta fábrica eterna y soberana cuyas magnificencias y cuya hermosura descuelgan en primera línea al frente de las armonías universales, que descienden á torrentes de los cielos.

No hay hombre, pues, sin esta trinidad de vidas, cuya reunión y enlace maravilloso, forman un misterio impenetrable para la ciencia humana, pero que son por decirlo así una muestra evidente de la sabiduría y grandeza del Hacedor que preside los destinos humanos, desde la bóveda inmensa de ese firmamento que sirve de corona á nuestra frente. Así, la educación no es más que el enriquecimiento progresivo de estas tres vi-

das íntimamente encadenadas para realizar una obra fecunda, la indefinida perfección del hombre.

Por esto la vida física tiende á conservar incólumes los sentidos que son órganos de la inteligencia: la vida intelectual propende á la perfección para identificarse con el alma; y el alma santifica el conjunto para elevarle y ennoblecerle, para darle completa posesión de su destino, que es el de vibrar para el cielo como una divina lira, que es el de procurarse la soberanía universal sobre todo lo creado.

Por eso la educación no es otra cosa que el impulso ordenado de la vida del ser para realizar la obra de su inmortalidad; la bien entendida rotación de las facultades del hombre, para acarrearle el bien inmenso de un destino incomparable.

Estas simples consideraciones acreditan la necesidad, la excelencia de la educación que puede decirse es al hombre lo que el lapidario al diamante: y de tal forma le trasfigura, de tal manera le eleva ó le deprava, que difícilmente se conoce á sí mismo cuando la obra se ha realizado.

Sí; porque al sentir en su frente y en su corazón los latidos generosos de esa trinidad de vidas tan ricas y fecundas se considera dispuesto á emprender todo lo grande y lo perfecto, á realizar lo bueno, lo justo y lo honesto, á exprimir y exhumar las armonías universales para dominar sobre este gran cosmos que se le concedió por la herencia desde el instante de la creación, á embriagarse ante las magnificencias de lo bello, á crearse cultos y adoraciones, á apoderarse de los principios de la ley de perfectibilidad, y sobre todo á elevarse de la nada al infinito, de la tierra al cielo.

En los números sucesivos nos proponemos hacer una rescua de los vicios principales de que adolece la educación moderna, de la conveniencia apremiante de una reforma fundamental en la instrucción pública, y del análisis de las leyes físicas y morales de la naturaleza, cuya violación es la causa generadora de la decadencia de los pueblos, de la bastarda tendencia del progreso, y de la rémora fatal que encuentra en su camino la civilización para completar la obra de la regeneración social, para resolver benéficamente los destinos de la humanidad.

Madrid, 4.º de mayo de 1862.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

### LAS FLORES DE MAYO.

Quisiera, lectoras mías,  
Haceros un buen regalo  
Que fuera digno de mí,  
Y de vosotras..... ¿estamos?  
Por ejemplo, un ramillete  
De rosas, jazmín, geranio,  
Yerba Luisa, Hotensias, dalias,  
Formando un conjunto vario,  
Agradable á vuestra vista,  
Agradable á vuestro olfato,  
Y con broche de oro y perlas  
De diamantes y topacios  
Y esmeraldas, ceñiría  
Vuestro cuerpo... digo el ramo.  
¿Pero acaso mereceis  
Que yo me interese tanto  
Por vosotras... ¡Va de retro!  
No señor, voy á probarlo,  
¿Sois coquetas? Sí lo sois.  
¿Parlanchinas? Algun tanto.  
¿Amables? Cuando sois feas.

¿Envidiosas? Vamos... vamos...  
No creais que he de sacar  
A relucir vuestros trapos.  
Soló quiero que la enmienda  
Me prometais y me callo.  
Imitad á esa Señora  
Cuya fiesta celebramos  
Este mes, y deponed  
A sus pies el dulce ramo  
De virtudes, que los hombres  
En vosotras anhelamos,  
Grata la ofrenda sería  
No tardeis, apresuraos.  
¡Vuestro amor, vuestro cariño,  
Son nuestras flores de Mayo!

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

## LOS MISERABLES.

ANÁLISIS DEL LIBRO I DE LA OBRA QUE CON ESTE TÍTULO ESTÁ  
PUBLICANDO

MR. VICTOR HUGO.

Nos disponíamos á escribir un juicio crítico de esta novela que circula por Europa con tan brillante aceptación: cuando llegó á nuestras manos la *Crónica de Ambos Mundos*, la cual ha traducido del *Journal des Debats* un artículo profundamente filosófico de Mr. Cavillier Heury en el cual se analiza la obra del célebre autor bajo el prisma político-moral, literario y religioso. Conformes en un todo con las ideas de Mr. Heury, hemos dado la preferencia á su artículo, porque es el eco fiel y exacto de nuestras opiniones.

Dice así:

«Cuando he visto á Mr. Victor Hugo, al principio de su novela, entrar de rondon en casa de un obispo y Jarnostoda una serie de capítulos que parecen tomados de la Vida de los Santos, confieso que he tenido miedo. Mr. Victor Hugo no quiere mal á los obispos, escusado es decirlo; pero al verle reunir tantas perfecciones en un solo hombre, he dudado si el ilustre escritor dirigía á la virtud un homenaje ó un reto, si quería edificarnos con un hermoso retrato ó provocarnos con una antítesis.

Luego, continuando la lectura del libro, he comprendido mejor el pensamiento del autor. Este libro será el martirologio de los desdichados, de aquellos á quienes la sociedad castiga después de haberlos depravado, á quienes hunde en la ignorancia por la miseria, á quienes abandona, niños ó adultos y á quienes infama para darse un aire de justicia... «Condena social, nos dice Mr. Hugo, que crea artificialmente en plena civilización infiernos y que complice con una fatalidad humana el destino que es divino...» El infierno de los cristianos es ménos horrible: en él no entran mas que culpables. *Los Miserables* de Mr. Hugo tienen un cómplice que los absuelve como individuos ante la justicia divina, y es la sociedad. A la puerta de su infierno escribe Dante *¡Lasciate quia*

onis speranza! Mr. Hugo ha presta por muestra á la entrada del suyo un santo. Entremos con él, bajo la fé de un guía semejante, no sin hacer notar de paso la habilidad del poeta que queriendo atraernos en su obra, le da por prólogo hecho de mano maestra, el tierno cuadro de todas las virtudes cristianas.

No haré violencia alguna á mis sentimientos, poniendo de relieve mas adelante, en este nuevo escrito de Mr. Hugo, toda la viveza de colorido, la energía y el vigor que en él despliega su espíritu siempre joven. A un talento tan probado se debería mas que justicia, si el legítimo orgullo de un gran renombre pudiera pedirnos otra cosa. Se le debería la respetuosa acogida de una critica amiga. A las opiniones de Mr. Hugo, á sus sistemas, á los errores y á los arrebatos de su pensamiento, no le debe la critica si no la verdad.

Mr. Victor Hugo desenvuelve en su nuevo libro una tesis, á la cual parece haber consagrado su vida, una especie de idea fija, cuya huella procuraré buscar en otra ocasion á traves de sus demás escritos... «En tanto que los tres problemas del siglo, la degradacion del hombre por el proletariado, el envejecimiento de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por la oscuridad no sean resueltos: en tanto que en ciertas regiones sea posible la asfixia social, ó en otros términos y bajo un punto de vista mas amplio todavía, en tanto que haya sobre la tierra ignorancia y miseria, podrán no ser inútiles libros de la naturaleza del presente...» Así habla Mr. Hugo en la primera página de su novela. Suprimir el mal en la humanidad, estorparlo bajo todas sus formas, ignorancia ó miseria, desigualdad de los entendimientos ó de las fortunas, enfermedad originaria, ó degradacion adquirida, es pura y simplemente rehacer la obra misma de Dios.

Es la pretension de las escuelas que no solo piensan en fundar la sociedad humana sobre nuevas bases, sino que aspiran á metamorfosear al hombre mismo transformando sus órganos. No recordemos aquí nuestras luchas de otro tiempo. Saint-Simon, cuyo sublime ensueño parece glorificar hoy todavía Mr. Hugo, Fourier, «de quien se acordará el porvenir,» nos dice él, ni el presente mismo los recuerda ya, ¡y cuántos discípulos suyos los han olvidado para hacer otra cosa! No hablemos mas de ellos que ellos mismos. El socialismo temible no es el socialismo de los soñadores prostrados de quimeras, si no el de los hombres de accion, el que combate realidades palpables, desigualdades manifiestas, miserias hartó visibles para no escitar la inquietud de los hombres ilustrados, las simpatías de las clases que sufren y la eléctrica emocion de la muchedumbre.

Digo que ese socialismo es temible, pero no lo desprecio ni murmuro de él. Le trato como á un adversario temible y respetable. Nadie me hará rechazar el grito de la caridad, aun cuando parta de un alma cerrada á las creencias del cristianismo. ¡Generis humani charitas! Los paganos habian inventado el nombre antes de la cosa. Su hipocresía vale mas que su negacion. Cristiana sincera, es un poder que no tiene otro rival ante los hombres que la gloria y la libertad. Monsieur Victor Hugo lo sabe bien, y por eso ha sacado de él algunas de las mas hermosas páginas y de las mas tiernas escenas de su libro. Porque ¿es él solo acaso el que invoca para los desgraciados la beneficencia pública y privada, el que prescribe la indulgencia al juez, la moderacion al poder, el que realza á los humildes, consuela á los afligidos, corrige y santifica á los perversos tristes victimas de la ignorancia, de la corrupcion y de la miseria?

Aquel á quien llamamos el Salvador de los hombres, ¿habia venido solo para redimirlos del pecado, ó tambien de la persecucion, del padecimiento, de la iniquidad jurídica, de la desigualdad social, de la bajeza servil, de la opresion insolente? «Los primeros serán los últimos.» ¡Qué sentencia esta, y cuánto

realza, aun antes del juicio supremo, la condicion de las mas humildes fortunas por cima de las mas grandes! «¡Que el que esté sin pecado tire la primera piedra!» ¡Qué advertencia para aquellos que aplican la ley á los crimenes de la humanidad! ¡Castigad! ¡No insulteis! *Sinite parvulos ad me venire!* ¡Qué leccion para aquellos que explotan la infancia en las cavernas tenebrosas de las minas, bajo el techo mal sano de las fabricas y hasta en las tablas de los teatros!

El rey Luis Felipe decia un dia: «No nos matquistemos con los curas, que ellos sacarán la república del Evangelio cuando quieran hacerlo.» Todo el mundo sabe que mon-seur de Lamennais sacó de él el socialismo; Mr. Victor Hugo ha sacado de él al obispo Myriel, ese santo hombre que deja abierta su puerta á los mendigos de la calle, que presenta la mejilla izquierda al que le ha abofeteado en la derecha, y da sus candeleros de plata al presidiario que le ha robado sus cubiertos. Jesucristo no hubiera hecho mas, porque dijo: «Al que quiera citaros ante la justicia para quitaros vuestra túnica, abandonadle tambien vuestro manto.» No digais, pues, que la virtud del obispo Myriel es una virtud imprudente porque no sirve mas que para alestar á un criminal: no, ella le convierte. Es el rescate de esas debilidades aparentes de su caridad, las cuales arrancan al victo al presidiario Valjean.

Ellas hieren por su exceso hasta á aquella imaginacion pervertida. Ellas le comunican un sacudimiento saludable, parecido á esas crisis repentinas que salvan á un enfermo sin esperanzas. Jesucristo, y pido perdon á los que se indignan de la indulgencia de Monseñor Myriel, Jesucristo tiene de esas debilidades heroicas para los vicios de la humanidad. No le repugna mas tocar á esos oprobios del corazon humano que á las hermanas de la Caridad curar las heridas sangrientas. No hay caridad sin compasion. Para salvar es preciso amar. ¡No dar á la beneficencia mas que lo necesario, es demasiado poco! ¡Hay tantos que nada le dan! Los que le dan algo estan obligados á proceder con tino. Así hace monseñor Myriel, un verdadero cristiano, y salva á fuerza de amor el alma implacable de un malvado.

Espero que nadie se quejará de la parte que atribuya á las inspiraciones religiosas en el libro de Mr. Victor Hugo. Despues de haber hecho del arrepentimiento uno de los resortes de su novela, si no hubiese tenido el ilustrado amor otro objeto que demostrarnos el poder de aquella virtud, le habriamos dispensado de toda otra demostracion. Un dia de primera comunión ó predicar delante de unas niñas á un padre Jesuita sobre la célebre tesis del rescate del alma por el arrepentimiento sincero, aun cuando fuese en el patíbulo mismo en el momento en que la cuchilla va á caer sobre una cabeza criminal, en ese último segundo en que la cabeza hasta entonces rebelde, puede todavía humillarse.

Mr. Victor Hugo parece sostener la misma tesis bajo otra forma, cuando nos presenta en Fantina, la muchacha perdida, pensando en su lecho de muerte en la primera comunión de su hijo y como purificada por esos tardíos y religiosos cuidados de la maternidad... «Sus largas pestañas rubias, única belleza que la habia quedado de su virginidad y de su juventud, palpitaban á la vez que permanecian cerradas y bajas. Toda su persona temblaba con no se que agitacion de alas prontas á estenderse y á trasportarla que se sentian mover, pero que no se veian...» He sido echar en cara á Mr. Hugo esta apiteosis de la cortesana. ¡Ah! volved á leer ese capitulo y oídad en la amargura de esa muerte. Mr. Hugo no sale victorioso y solo Dios gana alguna cosa. Pedir necitras lagrimas para una de esas criaturas aque han vendido el dulce nombre de amor y que mueren en el oprobio arrepenitidoso, ¿es insultar á nues-

tra virtud? ¿Es demasiado para nuestra compasión? ¿Quién no ha llorado la muerte de Manon Lescaut? Manon Lescaut muere en la ardiente arena del desierto sin otro confesor que su amante. ¿Se halla acaso Fantina sobre un lecho de rosas en el hospicio de Montreuil-sur-Mer? Donde quiera que hay una desgracia en una mancilla, una espacion en un arrepentimiento, puede escaparse al ángel de la envoltura marchita con que la cortesana cubria su ignominia. Dios da alas, sin mirar al punto de partida, á las almas que tienden á él su vuelo.

Lo repito, hubiera creído faltar á la justicia, si no hubiese hecho notar en la nueva obra de Mr. Hugo lo que me ha parecido por venir de una inspiracion religiosa. Quizá Mr. Hugo no ha hecho esta vez mas que pedir á las ideas cristianas un pasaporte sagrado para su libro. No importa: dejemos pasar al sobrino lejano, como él se llama, del obispo de Tolomaida. ¿Queréis mejor cerrar á las recipiscencias del gran poeta esa puerta hospitalaria que el obispo de Myriel deja abierta para los vagabundos de los caminos?

Y ahora vamos derechos al lado vulnerable de las opiniones y de los sentimientos de Mr. Victor Hugo.

## II.

No quiero poner frente á frente con la intencion de unir la una con la otra, las dos sociedades que parecen disputarse hoy el mundo: la caridad socialista y la caridad cristiana. La caridad cristiana muestra el cielo al desgraciado aliviando su miseria: la caridad socialista enseña á los hombres á buscar su paraíso sobre la tierra. La una hace ligera la carga de la indigencia, mostrándola como una carga pasajera; la otra la hace odiosa atribuyéndola á un reparto injusto del patrimonio de todos por la mano de algunos. La una funda la asociacion de San Vicente de Paul; llamando á la obra seglar de la idea cristiana, como observaba no ha mucho con justicia nuestro amigo San Marc Girardin, á la sociedad toda entera, la otra funda la *Mariano la Sociedad de los derechos del hombre* y las conferencias de Luxemburgo. El cristianismo dice que su reino no es de este mundo, y no por eso se consagra menos á aliviar las miserias humanas. El socialismo respira á los goces palpables del reino inmediato. Finalmente, esa inmemorial desigualdad de las condiciones humanas, nacida de tantas causas inevitables no es para la caridad cristiana sino una ocasion de derramar á torrentes el bálsamo de sus consuelos y de sus beneficios. Para la caridad socialista es el pretexto de una guerra á muerte á la sociedad moderna. «Condena social.» Esta frase lo dice todo.

No se vayan á tomar las líneas que proceden por una declamacion de quince años de fecha. Mr. Victor Hugo no es un espectro, aun cuando nos infunde un poco de miedo; es un viviente. Su talento le rejuvenece. Habla y se le escucha. Sus libros se imprimen y reimprimen. *Los Miserables* cuentan ya varias ediciones de gran tirada. Penetran de los salones en los talleres: pasan de manos delicadas que estrujan por momentos las páginas, á manos calludas que las acarician con amor. Tal es la accion persistente de este poderoso escritor. Las personas delicadas lo hacen porque tienen un verdadero estilo, los literatos le buscan porque habla á los instintos de las masas un lenguaje brillante y apasionado. ¿Qué importa que no viva ya en la plaza Real? Su ausencia es una afliccion para sus amigos; quizá es un prestigio mas para su libro. ¿Tiene acaso su voz menor eco porque venga de mas lejos? Pierde de su fuerza por mezclarse sus cuentos como decía Lamartine, «á ese lamento eterno del Océano?»

No; no se me crea ni ansioso de la lucha ni gozoso de encontrar en ella un adversario de la fuerza de Mr. Hugo. Lo que

por el contrario, me parece triste, aun viéndole mas suavizado sobre algunos puntos accesorios, es que se muestre á nosotros tan poco cambiado en el fondo. Desde Claudio Gueux el ladrón á Juan Valjean el cumplido de presidio, midase la distancia por el tiempo: hace mas de treinta años: nadie diria sino que no ha pasado mas de un dia en cuanto al fondo de las cosas. «... Claudio Gueux, cabeza bien organizada, corazón bien puesto, sin duda alguna; pero la suerte le coloca en una *sociedad tan mal organizada* (la sociedad francesa) que acaba por robar: *la sociedad* le coloca en una cárcel tan mal organizada, que acaba por matar...» Tal era el héroe de 1832. ¿Y Juan Valjean, el descontento de hoy?

«... Era, nos dice Mr. Hugo, un ignorante, pero no un imbécil. Ardía en él la luz natural. La desgracia, que tiene tambien su resplandor, aumentó la poca luz que habia en aquel espíritu. Bajo el palo, bajo la cadena, en el calabozo, en la fatiga, bajo el sol ardiente del presidio, sobre el catre de tablas del presidario, se replegó en su conciencia y reflexionó. Constituyóse en tribunal. Principió por juzgarse á sí mismo. Reconoció que no era un inocente injustamente castigado... Luego se preguntó si era el único que tenia culpa en su fatal historia... si su castigo (cinco años de cadena) complicado con agravaciones sucesivas por conatos de evasion, no acababa por ser una especie de atentado del mas fuerte contra el mas débil, un crimen de la sociedad contra un individuo, un crimen que se repetia todos los dias un crimen que duraba diez y nueve años... Planteadas y resueltas estas cuestiones, juzgó á la sociedad y la condenó. La condenó á su odio...»

¿Sabeis lo que era el odio de Juan Valjean, si no hubiese encontrado al obispo Myriel? Era el robo perpétuo, el asesinato implacable para ocultar el robo, el bandolerismo para sustraerse á las consecuencias del asesinato; un Dumollat, en una palabra, con premeditacion, cálculo é inteligencia; un Dumollat convencido, armado de una tesis anti-social mas terrible que su puñal sangriento; Dumollat, vengador de los desgraciados; juez y verdugo de esa sociedad, cuyo crimen ha justificado de antemano sus represalias. He ahí lo que quiere decir el odio de Juan Valjean. ¿Se cree que exagero? Hay un pasaje en la novela de Mister Hugo en el que los crímenes recientemente espiaados en el cadalso de Montluel son achacados á la sociedad francesa. «El padecimiento social, dice, principia á todas edades. ¿No hemos visto recientemente el proceso de un tal Dumollat, huérfano compartido en bandido que desde la edad de cinco años, dicen los documentos oficiales, hallándose solo en el mundo, trabajaba para vivir y robaba?...» Bien claramente se vé: de Claudio Gueux á Juan Valjean, de Juan Valjean al ajusticiado de Montluel, no se interrumpe la cadena. Esta se halla sujeta á esas temibles declamaciones que Monsieur Hugo está desenvolviendo hace treinta años con una perseverancia que seria monótona si pudiera serlo su talento.

Una sociedad mal formada que hace malas leyes, aplicadas por malos jueces, tal es el mal. ¿Y el remedio? ¿No lo comprendéis? Rehacer de nuevo esta sociedad que con gentes honradas hace presidarios y mujeres públicas con rosales, que de un pobre huérfano hace un bandido, que que en horrible ayuntamiento la inocencia y la hospitalidad sanguinaria, al niño ingenuo y al astuto asesino, la túnica blanca del catecúmeno y la blusa manchada del que compone sillas; ¡Ullami y Dumollard! ¡Si, trastornar hasta en sus cimientos una sociedad que permite esos horrores, los alienta y vive de ellos! Un dia se estaba juzgando en un tribunal de Assises á un hombre jóven (todavía, que habia asesinado á su padre y á su madre. Pronunciado el veredicto del jurado, preguntó el presidente del tribunal al acusado si tenia

alguna observación que hacer sobre la aplicación de la pena. «Ninguna, respondió este, sino recomendarle, como huérfano, á la indulgencia de mis jueces.» El huérfano de M. Víctor Hugo es de la misma fuerza.

Lejos estamos de decir, que la justicia de los hombres es infalible. No lo es mas en parte alguna del mundo entero que lo es en Francia. A veces se equivoca. Tiene contradicciones que sorprenden por momentos á la conciencia pública. Seria preciso no abusar de ella. Seria preciso que la justicia no tuviese sus azares como la fortuna. Entre el condenado de ayer y el rehabilitado de hoy, ha pronunciado el juez: acato el fallo, pero guardaos de dar con demasiada frecuencia al anfiteatro esas especies de emociones que divierten á los escépticos. *Judicabimini qui fidei estis!*

En el proceso de Montluel, no es el exceso de severidad lo que hay que reprender en el juez, es mas bien la lentitud inesplicable de la reprensión. Bien sé que la lentitud es el defecto de las buenas justicias. «La pena es coja,» dice el poeta; el culpable camina mas de prisa que ella. Es preciso que esto no dure largo tiempo. La justicia es lenta, pero no es inepta. Afirmamos que no hay un jurado en Francia, en ninguna época hace sesenta años, que hubiese condenado á presidio á Juan Valjean, honrado hasta entonces, por haber robado en una hora de angustia un pedazo de pan. M. Víctor Hugo se ha visto precisado á violentar en este punto la tradición judicial para volverla contra la sociedad. ¿Para qué atribuirle agravios imaginarios?

No insistimos. Mr. Hugo no ha hecho un tratado socialista. Ha hecho una cosa que por experiencia sabemos ser mucho mas peligrosa. Ha renovado en 1862, bajo un régimen muy diferente, las tentativas que señalaron los primeros pasos del socialismo en plena libertad, bajo el último reinado. Ha puesto la reforma social en la novela; le ha dado la vida que no tenía en los indigestos tratados en que se desenvuelve oscuramente su doctrina, y con la vida, el movimiento, el color, la pasión, el prestigio, la publicidad sin límites, la popularidad en alta dosis, la expansión en todos grados y en todas las esferas.

No solo ha puesto el mas vigoroso talento al servicio de sus ideas, sino que para tratar de conciliarse el respeto de los hombres, las ha cubierto con un manto religioso. La religión es buena en todas partes si es sincera. Ya he dicho que no sospecho de la sinceridad de Mr. Víctor Hugo; ya he demostrado lo que el liberalismo mas radical puede extraer de las ideas cristianas.

El cristianismo y su moral no se prestan á todo género de alianzas. Un Obispo nos dice: «Las faltas de las mujeres, de los hijos, de los criados, de los débiles, de los indigentes y de los ignorantes, son culpa de los maridos, de los padres, de los amos, de los fuertes y de los sabios;» porque esto es suponer que la porción mas numerosa de la humanidad está subordinada á la mas pequeña; es negar la libertad humana y restablecer la esclavitud por la responsabilidad. Un obispo no enseña el desprecio á la justicia aun cuando esta se equivoque; no dice, aun en el caso de que la sumaria de un proceso revele un abuso de poder en el magistrado: «¿Dónde se juzgará el procurador del rey?...» El Obispo Myriel sabe bien que solo Dios es el que puede juzgar á los magistrados cegados por el celo de la justicia. Añadirá que un obispo no habria dejado decir todo en su presencia, aun cuando sea á un convencionalista moribundo. El hermano de Cartuche, injustamente ejecutado en la plaza de Greve y el hijo de Luis XVI, lentamente atormentado en su calabozo, no son sino dos niños; ¡pase! Poner sus destinos al lado uno de otro es una asimilación indecorosa, es una de esas brutalidades de la pluma que el corazón rechaza cuando la mano la escribe. Un obispo francés no tolera eso. Y luego no dobla la rodilla en

tierra para recibir la bendición de un terrorista impenitente. A él es á quien corresponde bendecir y perdonar.

De ahí lo que la religión no permite ni el buen sentido tampoco; y hé ahí por lo mismo, lo que constituye el peligro del libro de Mr. Hugo. Lo imprevisto excita la curiosidad del vulgo: los parangones inesperados, Cartuche y Luis XV, el padre Duchesne y el padre Letellier, Louvois y Jourdan Cortacabezas, Marat y Bossuet, estas paradojas violentas le apasionan; los golpes de teatro los estasian. Un sacerdote de Jesucristo á los pies de un idólatra del terror, ¿qué escena de melodrama equivale á semejante antítesis? ¿Decís que minamos la base de la sociedad, que derruimos el trono y el altar?... ¿Ahí tenéis un obispo de la Iglesia primitiva á vuestras plantas.

Concluyamos haciendo una reflexión que nos ha dominado casi exclusivamente durante este largo estudio.

Cuando la sociedad francesa se entregó á la dictadura, hace diez años, ¿qué sentimiento entregaba así sin defensa á un régimen sin garantía la Francia de 89 y de 1830? Todo el mundo lo sabe, se sacrificaba á la necesidad de salvar las bases del orden social amenazado, todas las conquistas del orden político.

Mejor dicho, se sufría voluntariamente esa suspensión de las libertades públicas para asegurar lo que nuestro país prefiere á todo en las conquistas de la revolución, su constitución social. Cuando la Francia teme por la constitución civil de la sociedad, fruto de tan continuas luchas, refugio de tantas reveses, fundamento de su poder, de su prosperidad y de su riqueza; cuando la Francia, tan valiente en los campos de batalla y tan temida ante los reformadores, concibe uno de esos terrores que los partidos extremos se complacen en crear, como si fuese para ellos una fuerza imponer miedo, la Francia acepta todo lo que puede salvarla, ¿qué digo? lo acepta de cualquier mano, viéndose en peligro toma un salvador: á Tallien en Thermidor, al general Bonaparte en Brumario, al duque de Orleans despues de julio, al príncipe-presidente en el 2 de diciembre.

Estos son, hablo de los tres últimos nombres con justicia ilustres. La sociedad no es siempre tan difícil. No siempre tiene la elección de los medios. ¿Quién no recuerda que Mr. Caussidiere fué por un momento popular entre los ciudadanos parisienses porque tuvo la idea entonces excelente de hacer, como él decía, *orden con desorden*? No nos escandalicemos de esa inclinación que tienen los pueblos á buscarse, donde quiera que sea salvadores cuando se creen en peligro.

Ese era el grito de Roma despues de las guerras civiles, «Haced, oh dioses inmortales, decían los romanos por los inspirados lábios de Virgilio, haced que este joven levante las ruinas del mundo!»

*Hinc saltem everso juvenem succurrere sedo Ne prohibete!*

Todos los pueblos, cuando se creen amenazados por la anarquía, repiten á porfía este grito, y siempre hay alguno que responde á él; hoy César, mañana Caussidiere.

No es esto decir que los pueblos tengan siempre razón para entregarse así sin recibir garantías, para entregar su libertad sin condiciones, para sufrir un año en un salvador. Pero cuánta no es la imprudencia de los que, liberales sin duda antes de ser socialistas; se dedican á perpetuar en una nación el terror mismo que lo entregó al poder de uno solo. ¿Qué furor el derrotar sin descanso las bases mismas de la sociedad, inquietar la familia, perturbar la propiedad, calumniar la riqueza, desconocer la justicia... la justicia sobre todo, esta conquista de diez siglos lucha contra los abusos que embarazaban su ejercicio, obcecaban su acción, exageraban su poder?

Se comprende el ruido que hacia Voltaire en un acceso de

legítima indignación y con una persistencia de heroica filantropía, cuando Calas, Sirven, el caballero Montbailly sucumbían bajo la iniquidad brutal de los Parlamentos fanáticos. Hasta se comprende que un magistrado haya podido pronunciar en otro tiempo las palabras que ahora han resonado de nuevo y como un simple recuerdo histórico en una sesión pública de la academia de Lyon, esto es, en el centro fabril más grande de Francia.

«¡Escuchad! esclamaba en 1775 el lugarteniente general del senescato de Lyon, escuchad la voz del pobre... tened con él alguna compasión. ¿Qué ha hecho por mí, dice el pobre, esa sociedad que se venga cruelmente hoy?»

«El horror al vicio es fácil indudablemente para aquellos que en condiciones más felices, no tienen que temer los consejos horribles de la necesidad. Pero yo, á quien la *opinión pública* envilece; yo, á quien el poderoso; yo á quien el rico *abruma con el peso de su oráculo ó de su fortuna*, ¡ay! á menos que una providencia particular me sostenga, ¿que me queda hacer muchas veces sino elegir entre las acciones criminales á que me arrastra un destino desesperante?»

Ya vez regocijará á Mr. Victor Hugo esta cita que he tomado de un escrito excelente. También en ella verá casi testualmente (con mayor sencillez y verdad), *la conciencia social y la fatalidad humana complicando un destino que es divino...* Pero considere las fechas. No tenemos que darle otra respuesta. Esas palabras que pronunciaba un magistrado en 1775 nadie las comprende hoy ya.

Si la revolución de 89 sabiza bien, se hizo precisamente contra esos escosos de la justicia, esas venganzas de la sociedad, esas inequidades de la opinión, esas insolencias de la fortuna. ¿Quién se cree hoy amenazado por la venganza de la sociedad? El principio de que la ley castiga, pero no se venga, es el a b c de la jurisprudencia francesa. ¿Quién se siente hoy *abrumado bajo el peso del poder y de las riquezas*? ¿Qué obrero inteligente honrado y laborioso hay que, sin riqueza, con los útiles del trabajo en la mano, no se crea igual á un duque ante la ley y soporte la afrenta de un senador? ¡*Vosotros sois todos reyes!* Se decía á los obreros en las conferencias del Luxemburgo. Si nuestra nación tiene algun defecto después de 89, no es la baja de los inferiores: mas bien sería el exceso contrario. ¡Noble defecto de todos modos! La baja entre nosotros está á veces arriba, jamás abajo.

Pero lo repito, ¿qué puede hacer esta sociedad trastornada en sus cimientos en 89, en la que se hizo tabla rasa, nivelada en todas sus fases, qué puede hacer sino gozar de conquistas compradas á tanta costa? Si la pide nuevas reformas, y entiendo las reformas que se dirigen á la bases mismas sobre que reposa, se detiene, se interroga, contempla á donde se la conduce, tiene miedo y con razón, se repliega hacia la autoridad que la protege, retrocede en vez de avanzar, porque los reformadores socialistas, por mas que hagan, están en el camino de los abismos. La sociedad se detiene, repitámoslo, y estos altos aprovechan á los enemigos de la libertad.

El libro de Mr. Victor Hugo, del cual volvemos á ocuparnos, ese libro, sus leído por un pensamiento honrado, directamente cubierto con un barniz religioso, lleno de las ardientes sugerencias de la filantropía moderna, hábil en repetir por momentos los acentos más dulces de la caridad cristiana; ese libro, á despecho de todo, por su tendencia harto manifiesta, no es solo una obra de un escritor; es el acto de un hombre, iba decir el acto de un partido, una verdadera demostración de 1848. Ya es muy tarde. La libertad política necesita otros defensores y amigos menos peligrosos.

CUVILLIER FLEURY.

## CRÓNICA NACIONAL Y ESTRANGERA.

El cuerpo expedicionario francés que salió de la Tejería, donde se encontraba en el momento de la firma del convenio de Soledad, llegó después de 17 días de marcha á Tehuacan, pequeña ciudad de tres mil almas, situada en territorio de Orizaba en una posición elevada y sana. Mientras que las tropas francesas se instalaban en ella, las españolas se detenían en Orizaba, punto elegido para la apertura de las negociaciones entre los plenipotenciarios de las potencias aliadas y los comisionados mejicanos; pero en vista de los sucesos ocurridos después de la firma de los preliminares no se cree ya en la posibilidad de una solución pacífica.

El modo con que trata Juárez á los extranjeros residentes en Méjico, los actos arbitrarios y violentos que se suceden uno y otro día dan fuerzas á estas creencias. La lista de nuestras ofensas aumenta aun á presencia misma de las fuerzas enviadas para exigir una reparación, y á consecuencia de la anarquía que reina en aquél desdichado país, no es posible calcular los escosos á que puede entregarse un poder que vé su cercanía caída.

Al general Almonté, que desembarcó hace tres semanas en Veracruz, se dirigió á Córdoba al mismo tiempo que un batallón francés. La llegada de este ha escitado la animosidad del partido exaltado, y el asesinato jurídico del general Robles, fusilado el 25 de marzo, ha respondido de un modo sangriento á la demanda de una animación política que los plenipotenciarios han puesto siempre como condición primera de toda negociación. El general Robles era una de las personas más consideradas en Méjico por la lealtad de su carácter y la elevación de su alma, y su muerte, ha indignado á los moderados de todos los matices. Cogido por un destacamento del ejército del general Zaragoza, fué fusilado á las treinta y seis horas por el solo crimen de haberse querido poner en relación con los plenipotenciarios aliados al interés de su país.

El *Morning-Post* no cree que el Emperador de los franceses haya dado á su plenipotenciario en Washington instrucciones para ejercer una acción aislada.

Supone que Mr. Merrier ha obrado por su propia cuenta, y no espera ningun resultado de sus diligencias.

Las negociaciones serán posibles, en concepto del diario en cuestión, solamente al concluir la gran campaña actual, y cuando se haya celebrado un armisticio.

Las tentativas actuales creen son prematuras.

El *Times* reconoce la importancia de la recepción entusiasta hecha á Victor Manuel en Nápoles.

Elliot, antiguo ministro de Inglaterra en Nápoles, ha salido para Grecia con una misión del Gobierno y con encargo de velar por los intereses de la Gran Bretaña.

TINCO DE MOLINA. La sociedad dramática de este título dió la noche del lunes en el teatro de Lope de Vega una de sus más brillantes reuniones, en la cual se pusieron en escena, la comedia en tres actos del Sr. Serra: *Don Tomás*, y el juguete en uno del Sr. Llofríu; *¡Aquí fue Troya!*

Los varios alumnos del conservatorio, que tomaron parte en la función así como los demás jóvenes que contribuyeron al desempeño, dejaron tan satisfechos al numeroso y escogido concurso, que los aplausos se sucedían sin interrupción. En *Don Tomás* recordamos los nombres de las señoritas Ana, Perez, y Zazo y de los señores Sanchez (D. Enrique) Salaya y Corrales, que interpretaron sus papeles con notable propiedad y acierto.

El juguete del Sr. Llofríu; *¡Aquí fue Troya!* estrenado el año anterior con el buen éxito de que dimos cuenta fué desempeñado por las señoritas Zazo y Aneo y los señores Sanchez, Perpiñán y Corrales. Solo diremos con respecto á la ejecución que el público quedó tan complacido que llamó al autor á la escena como en la noche del estreno; colmando á la vez de aplausos á los jóvenes que tanto se distinguieron. Desearnos que en la próxima temporada continúe esta sociedad dramática proporcionándonos momentos de solaz como el de esa noche, y adquiriendo los que en ella se hayan de dedicar al teatro, una reputación que con el estudio y la constancia podrán ver formada con el tiempo.

Propietario y editor responsable. — D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Cracia, 15.